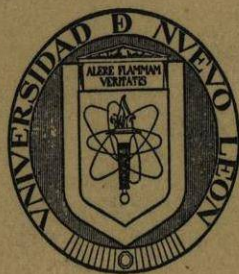


HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Año II

Nº 2

1961

ción tropieza con su propio e irrefragable límite. La filosofía tiene que abrirse a la religión, si es que el filósofo —hombre al fin y al cabo— quiere cumplir su misión trascendente. Más allá de la filosofía está la amorosa y confiada entrega creyente a la gracia de Dios.

LAS CATEGORÍAS

LIC. CONSUELO BOTELLO T.
Instituto Tecnológico y de Estudios
Superiores de Monterrey

LA QUE DESDE HACE MÁS de veinte siglos, se ha convenido en reconocer como la primordial entre las partes del Organon aristotélico, ha dado ocasión a los malentendidos menos lógicos y filosóficos: para los principios del siglo, tras el forcejeo de Nietzsche, siguió manejándose la conceptualización de los valores. Hubo atrevimientos tan poco informados como los que trataban de convertir los problemas axiológicos en algo como reviviscencia de la problemática y disputa en torno de los universales. Tales erróneas visiones llegaban a extenderse incluso a las categorías.

Dado que la lista de predicables no es constante ni en las obras del propio fundador de la lógica, quiso prolongarse esa incertidumbre a los cinco términos de Porfirio. La reyerta sobre los nombres, su universalidad y realidad se contaminó con las indecisiones de la tabla categorial. El exceso llegó a su cúspide cuando se hizo equivalente la imprecisión entre categorías propuestas o admitidas; elementos definitorios como universales o como simples denominaciones y la realidad de los valores.

INTRODUCCIÓN

Problemas y disquisiciones como los arriba apuntados han sido no solamente frecuentes sino incluso recurrentes, persistentes e insistentes en el trayecto del pensamiento filosófico. Martín Heidegger explica que ante lo desconectado que se deteriora en su nihilidad, el ser ausente insiste, presenta una falta de pertenencia o impertinencia. Este hallazgo violento con lo que se ausenta como articulado con lo demás, puede tomarse como lo que Heidegger opina

que presenta un problema; ya aquí definíamos casi de esa manera el problema: "señalamiento o advertencia de una suspensión en la continuidad de lo real".

El hecho de que el vacilante catálogo de las categorías aristotélicas haya persistido como inquietud dialéctica y se haya confundido con las dificultades que presentan las cinco voces de Porfirio e insistentemente, dar realidad extrínseca al ser de los valores; haya querido seguirse considerando como la misma problemática de predicables y de categorías, no indica que se hayan confundido atributos irreductibles del ser, con dimensiones de la definición lógica, ni que se haya confundido a ninguno de ambos con la realidad de lo valioso. Aunque hay personas que sí han caído en la equivocación, pues no falta quien pretenda que el propio, el accidente, especie o género del *ratio entis*, pueda equipararse al lugar o a la acción, relación o modalidad. Hay quienes no distinguen. Kierkegaard se entristecía por eso, defendía las distinciones socráticas. Una de las causaciones más visibles de la angustia y la desesperación del filósofo danés, como lo documenta él mismo, se daba en la homotesis, hábilmente convertida en heterotesis y ambas forzadas en las síntesis.

Incluso en nuestros días, se ha propuesto una modificación más a la lista categorial: tras las atribuciones más o menos clásicas se ha colocado el valor. He aquí un caso de indistinción patente, que es del mismo jaez de las denunciadas por Kierkegaard. Para fin de equipar correcta, si no completamente a quienes nos ocupamos en el manejo de estas cuestiones, se ha proyectado substanciar el presente ensayo. Por lo pronto, va a tratar de seguirse el vestigio a partir de los orígenes señalados; tal vez, al fin, llegue a encontrarse que la carencia de precisión en estas conceptualizaciones no se implanta como aquí se ha registrado en el antecedente de las categorías. Quizá en la prosecución del estudio llegue a esclarecerse que tampoco fue en la polémica de los universales en torno a los cinco vocablos de Porfirio, cuando se gestó la confusión de lo valioso con lo predicable o con lo definitorio. Pero nada es prudente anticipar por ahora.

Esa eidética ausencia de todo cuanto antecede a la consideración radical de algo, ese apartar todo entre corchetes, para fin de intentar acercarse a la esencialidad pura de ese algo que se estudia, todo lo que se estudia, y nada más que eso, lo hemos aprendido y repetido, que es el ejercicio metódico de la fenomenología. La trascendencia de lo objetivado en esta investigación en tanto que separado de lo demás e inmanente al ego que lo considera, es el inmediato programa a cumplir. Posteriores ensayos han de tratar las cinco dimensiones de la definición y la realidad de las constela-

ciones valiosas; entonces, concluso o cerrado, el periplo dialéctico podrá juzgarse y dictaminarse si compete al valor incardinarse a las categorías; si lo que ingresa en la definición atribuye al ser como sus predicables, si lo que vale, define, y otros extremos similares.

FUNCIONES CATEGORIALES

La manera de considerar para fin de conocer al Ser, pide una organización de aspectos, lo mismo en el fundador de la doctrina, como en comentaristas suyos tan ilustres como Sir David Ross o Saint Hilaire, etc. Por lo pronto, lo que no se sostiene o es, de lo que no pueda indicarse sustancia, no permite que se diga nada seguro a su respecto.

Aquello a lo que se alude cuando se hace referencia a algo, puede ser una forma relacional con otros objetos; por ello, de las realidades admitidas como sustancias puede predicarse la relación y el modo de esa relación. Lógicamente se predicen seres y relaciones entre ellos; aparte de cómo se articulan las realidades en la modalidad de los sustantivos, es posible decir su inserción cronotópica. El tiempo y el espacio ya no funcionan como otros seres sustantivos y por ende pueden señalar relaciones entre sustancias; pero tiempo y espacio señalables en los seres, no son ni se relacionan ellos mismos como las sustancias. En este intersticio dialéctico es donde se ha insertado la estética trascendental de Kant, pues las referencias cronotópicas en la crítica trascendental, se precisan en formas puras de intuir; lo íntimo, dado en la sucesión, ordena el tiempo; éste, es la pura formalidad de lo dado en la conciencia cognoscente. Hacia afuera, el espacio formaliza también en manera pura lo que se da en simultaneidad, la pureza formal del espacio, lo es de cómo se intuye lo trascendente.

Desde Aristóteles lo cuantificable y la cualidad del ser indican otra pareja de predicaciones posibles. La cantidad dice comparación, así como en la relación y en el modo aparecen otros seres, para dictaminar cantidad o cualidad se requiere, no únicamente de otras sustancias aparte de la estudiada, pues de algo se dice más o menos, con esta o con aquella cualidad, además de confrontarse con algo más, por el instrumento de mensura, por el criterio de calificación. En rigor, lo que es indicable del ser no se articula en polaridades, sino que procede de los análisis y exámenes clásicos de parejas de contrarios. El cuadro de predicamentos en Platón, desborda inicialmente las paridades pre-socráticas; ya en el marco aristotélico, la compaginación tiempo-espacio o la cuantitativo-cualitativa pueden parecer por los

tratamientos muy posteriores, resonancia o perduración de los apareamientos, pero no lo es en verdad. Similarmente se articulan acción con pasión, posición con relación o con estado. Queda algo, muy diluido de lo anterior, pero son puntos de consideración ya renovados.

Para aproximar el problema a las conceptualizaciones actuales, convendría pensar en los diagramas de Frederick Lamson Whitney, lo que es ofrecer un ejemplo a mano. Da o trata de dar la representación de procesos abstractivos hacia la generalización; o inversamente, el regreso de atribuciones hacia el objeto concreto en el que se inicia o en el que termina alguna indagación.

El equipo categorial describió clásicamente su trayectoria con directrices de ese tipo, pues se buscaba la concentración o el esclarecimiento de negocios. Encima de lo substancial, iba la dialéctica señalando: pudo indicarse *quantum* y *quale*; predicarse *ubi* a par que *quando*; *keisthai* que determine o sea consecuencia de *échein* o bien ambas expresión de *prós tí*. Lo que tal vez no resulte simple y regularmente posible, es que lo puesto en estudio actúe (*poiein*) y que soporte o reciba, cuando menos el propio acto; esta pasión se da o revierte, al mismo sujeto actuante, en el caso del cambio o movimiento inmanente. Ambas categorías apuntan a una posible disyuntiva: o bien, lo estudiado es móvil o cambiante o bien es movido o cambiado pasivamente. O se actúa o se recibe una acción pasivamente; determinarse a gente y paciente simultáneos, es la definición de la vida. Por esto, entre otros factores, los predicables porfirianos para instrumentar una definición, se aproximan a la función categorial, puesto que decir de algo tanto su sustentáculo, cuanto sus relaciones, situación, estado, tiempo, lugar, cualidad, cantidad, actos y susceptibilidades de someterse a acciones aparte, alcanza a dejar entrever una delimitación o definición, pero no es lo mismo ni puede tenerse por igual.

Es aquí donde la función categorial empieza a enunciar una problemática peculiar de lo declarable de la realidad. Para unas direcciones, lo declarable depende, necesariamente, de la realidad de la cual se lo predica; en otros términos, cualquier lógica ha de sustentarse y serlo de los seres a los que enfoca; como ilustración tenemos lo siguiente: de Vasconcelos se ha dicho que yerra al postular una lógica para el ser y otra para los valores, pero no se le puede censurar si sabemos que el conjunto categorial refleja las requisiciones de la realidad a la cual corresponde; por consideraciones paralelas, tampoco puede condenarse y darse por periclitado otro marco categorial, pues incluso Kant o Platón tuvieron no únicamente el evidente derecho, sino necesariamente la urgencia de estipular su instrumental de

predicamentos en atención a los que su estudio señalaba que pudo decirse sobre sus temas de indagación.

A puntos de vista como los apuntados se les ha llamado relativistas o historicistas por quienes extreman su pretendida consideración en tomarlos en máxima abstracción. Se parte en tales excesos lógicos de algo que no vale como axiomático, sino que se quiere hacer aceptar sin exámenes y esto no es correcto; tampoco lo sería en el caso de las categorías, acogerse a la perennidad de su pensamiento. Tal vez puedan señalarse permanentes y estables ciertas cuestiones, pero hay que establecer bien que se trata de cuestiones, no de soluciones; la dificultad se manifiesta, justamente, en el dato de haberse intentado absolverla. Para unos, el problema se desata o resuelve en un sentido; para otros a partir de otros supuestos o desde otra perspectiva, puede resolverse mejor en diversa dirección. El relativismo historicista no es necesariamente un escepticismo enmascarado. Menos puede exigirse la inamovilidad en lógica y menos aún en cuanto concierne al enjambre categorial; señalar, que para el heredero de la academia, los contrarios presocráticos pitagorizados por Platón, no bastan para indagar lo declarable del ser, no llega hasta querer que cada quien, por el solo argumento de cambio de visión histórica, cuente con autoridad para cambiar lo que se ha creído no variable. Las categorías no son parámetros: no derraman la consideración concreta del algo al que dirigen sus posibilidades de organizar el conocimiento; ni en nuestros días tan saturados de contaminación matemática de la lógica, a nadie se le ha ocurrido decir, o tratar de sostener que lo atribuible al ser sea paramétrico o trascendente al ser de que se dice. Trascendentales del ser, se entienden cumplimientos valiosos, previos a la realización concreta, incluso en un ejemplar concreto. Aquí descansa nuestra tarea de precisar con rigor la separación del dominio del ser, de regiones de realidades no entes; trascienden a los seres los valores en que han de manifestarse; así la predicación o apófansis, es epifanía o descubrimiento de lo que el ser es.

Lo atribuible es un campo de consideraciones, otro lo es el de definir y otro el de reconocer al ser; esto no es ninguna innovación o aventura de originalidad, es la enseñanza precisamente comparable en lo clásico. No funciona la inclusión de valores tomados como atributos, porque lo que vale trasciende la entidad; reflejos en ella lo delimitan bien. El valor queda aparte, ocupa otra zona de lo real. Es lo mismo que separar una abstracción, ya en ejercicio final tras eliminación de contingencias articulares, bien a virtud de una fenomenología ante algo concreto, apartarla en su esencia, se toma *a priori* de atribuciones.

Volver a revisar el significado e importancia de los cuadros categoriales clásicos, presenta el rigor de un ejercicio que puede prescribirse en casi todos los casos. Ha venido haciéndose una especie de tradición para el tratamiento de variados aspectos problemáticos en la filosofía, pueden reunirse antecedentes establecidos. La costumbre de limitar las referencias exclusivamente a los linderos de un campo, sería aceptable e incluso de rigor metódico, si los presupuestos teóricos hubieran quedado bastante esclarecidos e indiscutibles. Ya hace más de una centuria que viene librándose batalla en torno al pensamiento al parecer contradictorio. Hay quienes deciden exhibir su preferencia por la problemática del conocimiento, antes que aceptar el planteo de cuestiones respecto al ser. Hablan de líneas del saber y del ser. Otros quieren convencer de que la materia no merece aceptarse como basamento para los enunciados filosóficos. Olvidan éstos que el sistema de causaciones entre las intrínsecas empiezan por exámenes de la causa material. Descuidan los polemistas gnoseologistas o metafisistas que una epistemología carecía de sentido sin objetos cognoscibles; que una ontología amenaza ruina si no se acompaña y se entrelaza con la discusión oportuna de la problemática de las nociones.

Estudiar aquí las directrices establecidas por el cuerpo de categorías, indica que sin rigidez para rechazar un catálogo ni sectarismo para aceptar o proponer otro, y considerando nada más la revisión y compulsión de lo que puede predicarse válidamente es de primordial urgencia filosófica. Lo mismo que Ortega protesta porque "a cualquier cosa se le llama ahora escéptico" aquí se quiere seriamente vetar el que se vuelva sobre discusiones para cuyo rigor no se establecen repases dignos de ser convalidados. Ni las categorías aristotélicas, ni las platónicas, ni las parejas de opuestos socráticos, la tetralogía kantiana ni ningunas otras categorías, han querido ni podido presentarse u ofrecerse filosóficamente como prontuarios de resoluciones hechas. La tesis aquí reza: "cualesquier categorías, clásicas, arcaicas, criticistas o de cualquier otra edad o ambición que se supongan, no valen ni pretenden valer como mapas o rutas para llegar a ninguna conclusión". Las categorías se postulan aquí como esquemas generales para el enunciado y formulación de los problemas filosóficos. De haber pretendido alguien que las categorías trajesen ya *in nuce* las resoluciones necesarias a toda dificultad para declarar o predicarse el ser, la lógica tendría solamente el aspecto de un recetario, todo lo tradicional, respetable y acreditado que se quiera, pero estático y rígido.

El conjunto de predicamentos, que Aristóteles analiza en su clásico tratado, no funciona como esos caminos trillados para encontrar ningún resultado fijo; son como las categorías propuestas por Kant, posibilidades, más que

de eludir o absorber dificultades, medios para descubrirlas y encontrar un tratamiento. Cualquier lógica o cualquier epistemología, así sea adelantadísima o de corte anterior, vale y orienta mientras auxilia al señalamiento de la problemática. Técnicas útiles y eficientes para obtener resultados sin saber estructurar los problemas, se quedan en la normación práctica, no valen como estructura teórica; suelen incluso carecer de auténticos cimientos teóricos. Los sistemas categoriales, siguen importando como tema de análisis filosóficos hacia el descubrimiento de lo irresoluto o de lo poco claro. Podría decirse que la depuración de un cuerpo categorial proporciona reactivos o indicadores para el hallazgo de los problemas peculiares en cada circunstancia filosófica. Enfocar el mismo materialismo o el dualismo potencia-acto o alguna otra proporción filosófica discutible, sin antes establecer conforme a qué predicables puede tratarse la cuestión, corre el peligro que hemos visto a menudo en ensayos superficiales, de que se ignore hasta la problemática misma que ha decidido tratarse. Así las categorías pueden auxiliar cualquier terreno de estudio siempre y solamente cuando se les ordene en correspondencia a la agenda de lo que se está investigando.

NOCIONES

Al resultado del proceso cognoscitivo se llega por un camino, uno de cuyos extremos, debe siempre y necesariamente ser lo que se conoce. En la antinomia de que algo sea y de que su conocimiento entregue o permita acceso a su ser, es en donde se implanta la escalinata categorial: puede no encontrarse con ninguna certeza previa. Las modernas reducciones fenomenológicas estipulan ese modelo de detención; va a elaborarse una separación total entre lo que se estudia y quien lo estudia.

Ni la distinción misma entre el objeto y el sujeto se han de tener en cuenta; nada se supone, nada se acepta; ni se piensa ni recuerda, ni queda nada. Esta previa neutralidad representa las vísperas de la omnitud del ente fugitivo ante el ademán de Heidegger. Las reducciones son casi la *apprehensio simplex* de Santo Tomás. Se toma posición ante algo como un simple llegar a la caminata del conocimiento. Se elabora la ignorancia de saber si aquello es o no, y caso de poder aceptar su sustancia tal vez pueda conmensurársela; decir algo de su posición o cuantificarlo o calificarlo o mentar su ser en el tiempo o su colocación en el espacio. El algo inicial a partir del cual llega a hacer factible que algo se siga como predicamento, ha de empezar por ser lo que predomina.

Ese cuadro de referencias o de conexiones a las que la gnoseología de Heidegger está haciendo referencia se ofrece en la versión moderna del repertorio categorial. Hay que insistir en que se esclarezca que no se reduce la lista a ninguna cuadrícula en obediencia a la cual se predique o dictamine a propósito de problemas o dificultades respecto del conocimiento, pues se apuntó ya que ese conocimiento o saber no puede tomársele de manera absorbente; lo que fundamentalmente determina y orienta a cuanto puede saberse es aquello que se trata de estudiar y de conocer. Si de algo puede sostenerse que abarca, diríamos que del ser o de la temática en estudio, no del conocimiento que se dirige hacia el ser o hacia lo que se estudia.

Con lo anterior el tratamiento de funcionalismo categorial permite un paso más moderno y actual: antes se había establecido que cada pensador o que cada época presenta sus muy legítimos motivos, su peculiar lógica, para estatuir una cierta dotación de predicamentos. Igualmente se argumenta que esos cuadros de posibilidades para sustentar el conocimiento, evidencian sus orígenes en las polaridades de contrarios o supuestos presocráticos. Con ambas premisas se postuló el primer aspecto de la presente tesis: ello es, que opuestos o contrarios, categorías clásicas, términos de Porfirio, tétrada categorial de Kant o cualquiera otra tentativa de enunciar lo que se admite por conocido, nunca pretendieron valer como resoluciones ya hechas e indisputadas. Ante esta manera de articular datos para el enunciado y planteo de la problemática de conocer, queda en este apartado la dirección de una metafísica o concepto del ser y del alcance de su posible noción. En otras palabras, cualquier pertrecho categorial reconoce e indica el antecedente de una metafísica. Tampoco esta perspectiva de la conceptualización del ser de la ontología o actitud teórica ante el objeto en general del cual pretende conocerse la realidad, ofrece ninguna conclusión ya definitiva. Baste con recordar al señor Dr. Regis Jolivet de la Universidad Católica de Lyon cuando en el volumen de la "Metaphysique" de su *Cours de Philosophie*, instruye en la consideración de que para Santo Tomás de Aquino no es acertado el pensar que deja de tratar el problema crítico del conocimiento. Sanaamente concluye el Dr. Jolivet que para el doctor de Aquino no pudo haber tal problema dada la metafísica que sostiene.

De manera que en concordancia con un cierto modo de aceptar y de acceder al ser y a su realidad, en obediencia a la ontología y que determina los objetos en estudio, se erige el repertorio categorial. Ni Ontología ni Lógica para la tentativa de edificar el conocimiento son más que eso, ni lo han sido en ninguna época; compruébese en el caso que se desee: Vociferan muy poco filosóficamente quienes tachen al estoicismo con su reducción a un simple relativismo escéptico por lo tanto. Cada lapso del pensamiento, ha ensayado

su correspondiente estructura metafísica y le ha aplicado el repertorio categorial congruente. No se niega ni se tacha lo visto hecho, ni intentado en otros períodos del pensamiento, se lo revisa y de tales repasos surge enmendada, rectificadora o con aumentos o cambios, una Ontología en ocasión del nuevo estudio. Simultáneamente se da el cuadro categorial para su tratamiento cognoscitivo. Esto quiere ser algo más que simple dialéctica; aunque sin duda lo es, pero del linaje platónico: quiere decirse que los problemas de la realidad requieren unos utensilios conceptuales para su tratamiento, al mismo tiempo que estas herramientas o estilo de manejar la realidad se adecúan al tipo de estudio que se decide a hacer. La ruptura o suspensión de relaciones y conexiones en la fenomenología de Heidegger, la reducción en la de Husserl, están señalando un tipo de estudio que se emprende en todo diferente al de Santo Tomás o al que Aristóteles emprendía. Todos tres y los demás que han buscado el conocimiento, lo buscan ciertamente, de eso que ahí está (Das Sein), de las interrelaciones y conexiones de cuanto pueda indagarse; solamente que el ademán gnoseológico en que se coloca Plotino, repercute y resuena pero no se repite servilmente en un Cartesio o en un Kant.

ENJUICIAMIENTO DE LAS NOCIONES

De manera que el anterior recorrido quiere señalar con la precisión que nuestros días permiten, la urgencia de que en todo aquello en que la filosofía haya de emprender un reconocimiento, en todo cuanto filosóficamente tenga que decirse o discutir se comete un peligroso descuido si no hay la precisión necesaria en el campo de lo que se estudia; si el utilaje de cómo deba hacerse esa consideración no corresponde filosóficamente a lo que se está tratando. Esta conclusión pretende equivaler al compendio que sigue valiendo para hacer referencia a la metódica fenomenología: hizo Husserl que aparte todo lo demás se considere y se vea lo que quiere estudiarse. Que se trate exhaustivamente eso que se estudia con exclusión total de todo otro tema. Nada que falte, nada que sobre en lo que se está investigando. La metafísica u ontología latente en la preceptuación fenomenológica explica el programa que se propone para la indagación. La consideración de regiones ontológicas o esferas de la realidad a partir del tiempo como "realidad ortoidea y unidimensional", indica, como después lo asienta Heidegger el discípulo, una continuidad en la que ha de desplegarse lo que de algo en total pueda decirse. La oquedad que denuncia Heidegger en la misma for-

ma al articular una categoría tan disforme e inesperada como la nada. Así, exámenes dirigidos a la agenda categorial según cualquier tratadista, resultan condiciones *a priori* de toda tentativa seria para hacer filosofía.

No puede negarse en el mismo rumbo de consideraciones que hay verdaderos archivos de objeciones, por ejemplo, contra Suárez quien se quiere que funcione con supuesto de Bergson. No pueden ser estudios verdaderamente serios ni del uno ni del otro. En un estilo completamente general y con la ilusión de que abarque el edificio todo el horizonte de las categorías, una monografía respecto a cierto autor o pensamientos, pide articularlos en su circunstancia y en su adecuada derivación de sus antecedentes. Ahí radica el vigor de lo que se ha hecho tan estentóreo en torno a Gaos. Trae y reconcentra este Profesor, la escisión dualista de la comprensión diltheyana frente al tratamiento puramente empírico de las nociones naturales. Entonces para Gaos justificadamente, la filosofía se reduce a su historia, y no simplemente el pensamiento a la historia del pensamiento, sino radicalmente la filosofía de cada filósofo a la autoconfesión personal y privativa de ese completo filósofo. Trátese de ser consecuente y reconózcase que es la posición adoptada por San Agustín tanto en sus Soliloquios como en sus Confesiones. Cuando uno de los fundadores de la Facultad de Filosofía en Monterrey trató estos aspectos de San Agustín se le llamó "existencialista de hueso colorado". No se han disciplinado las objeciones como para establecer en forma básica de cimiento que a Gaos habría que objetarlo en obediencia a lo que él mismo señala como tema aceptado para su estudio. Así al monografista de San Agustín de Hipona tiene que comentárselo en atención al conjunto de categorías que aplica a lo que se propuso indagar.

Esos perfiles generales de tratar problemas de estudio, encubren toda la problemática que según se recordó, fenomenológicamente nada queda aparte ni nada de adhiere. El hermoso epígrafe de Heidegger a su Ser y Tiempo no puede ser clasificado como unilateralmente metafísico ni como solamente epistemológico: ¿qué sentido encubre la pregunta que interroga por el ser? Como citación socrático-platónica es un "tour de force" de rigor y de energía filosóficos: la complejión de la realidad que se postula es la de ser y el racimo categorial con que va a procurarse conocerlo queda larvado y en compendio cuando se asienta que hay una tal dirección hacia ese ser, el rumbo de la pregunta que la emplaza para hacerse con su conocimiento.

Aceptar, comentar u objetar a Heidegger o a Husserl, a Gaos o a Platón, a quienquiera que filosofe o haya filosofado, prescribe enjuiciar las nociones que se ofrecen:

- I. Como un tal conocimiento de una cierta realidad que ahí está y se ofrece a quien la trata;
- II. En conformidad con ese conjunto de posibles enunciados, no de resoluciones, no de moldes ya recibidos, para apretujar ahí la indagación, sino de problemas peculiares.
- III. En la conexión o continuidad que quien estudia denota a su nivel histórico y, en la peculiaridad de quién y cómo lo es. Esto último, el resultado III, sería motivo de un ensayo relativista a propósito del conocimiento y de sus categorías relativistas, pero...

BIBLIOGRAFÍA

- ROSS, SIR DAVID, *Aristóteles*.
WERNER, JAEGER, *Aristóteles*.
ARISTÓTELES, *Éticas*.
— *Organon*.
HEIDEGGER, MARTIN, *¿Qué es Pensar?*
— *¿Qué es la Metafísica?*
— *Kant y el Problema*.
SAINT-HILAIRE, BARTHELEMY, *Prefacio al Organon de Ed. Anaconda*.
KANT, EMMANUEL, *Crítica de la Razón Pura*.
DILTHEY, WILHEM, *Introd. a las Ciencias del Espíritu*.
GAOS, JOSÉ, *Confesiones Profesionales*.
HUSSERL, EDMUNDO, *Investigaciones Lógicas*.
— *Ideas para una Fenomenología Pura*.